

asustando a los peces, y dejó huellas digitales en las ropas negras de Lucio, pasando luego junto a la tía, sin dignarse olfatearla siquiera.

Mauro hizo las presentaciones.

—¿Luego acepta usted casarse con mi hermana?

—Por fuerza.

—¿Por fuerza?

—No puedo decir por amor.

El doctor Sándor se volvió a Mauro, como si los otros no existieran:

—Yo no adopto posturas de gladiador, ni actitudes brillantes—dijo.—Soy sencillamente un hombre al margen de las prevenciones y de los apriorismos. He venido a la ciudad llamado por mi hermana, de una manera casi sobrenatural, y la he hallado oprimida por toda esa gentuza enfurecida y asociada para una empresa poco menos que de compraventa y de rescate. Aun cuando no fuese mi hermana, yo la defendería porque es un sér débil: instintivamente simpatizo con los pequeños, con los débiles, con los culpables; es excesivo el número de personas que tienen razón. Yo no creo, sin embargo, culpable a Iluska; porque aunque hubiese cometido la más grave de las culpas, bastaría la desproporción entre sus fuerzas y las de sus acusadores, para hacérmela santa. A usted, señor Mauri, se le han dirigido amenazas y cartas de *ultimátum*, ¿no es eso?

—Sí. Y yo he contestado que consiento en casarme con su hermana, para que de una vez se acaben las molestias, las visitas, las bellaquerías, las amenazas y las lágrimas. Esta buena señora lleva ya tres días viniendo a llorar a mi casa. La humedad de su desesperación ha hecho salir en las paredes salitre. He dicho, pues, que me caso. ¿Qué más se me pide?

—¡Con qué entusiasmo!—rezongó la tía.

—¿También quieren ustedes entusiasmo?—protestó Mauro.—¡Eso es gollería! Se puede, con el cuchillo, en la garganta, entregar la bolsa; pero ofrecerla con

una sonrisa y pedir gentilmente que se la lleven, eso supera a mis evangélicas posibilidades.

Sándor callaba, pensativo. Luego habló:

—Comprendo su rencor hacia mis parientes. Pero lo esencial es que usted quiera bien a Iluska.

—No la amo ya.

—¡Ah, bellaco, bandido, miserable!—rugió la tía, hinchándose y deshinchándose entre los brazos de Lucio.

—¡La detesto!—remachó Mauro, impasible.

—¿Que detesta a Iluska? ¿Y qué daño le ha hecho la pobre?

—Lo sé, doctor. No entra en esta conjura, pero no me arriesgo tampoco a considerarla extraña a ella. La juzgo el exponente de un movimiento desencadenado contra mí. Podrán ustedes obligarme a casarme con ella, pero no a que deje de detestarla.

—¡Si hace ocho días la amaba!

—Hace ocho días la amaba. ¡Pero hace siete que están ustedes molestándome!

—Es justo—admitió Sándor. Y se levantó.

La perra se levantó también, y se estiró sacando un palmo de lengua.

La tía atravesó con una suprema ojeada a Jack el destripador, y gruñó una despedida al amigo.

Sándor se inclinó y siguió tras ella.

Los queridos parientes habían conseguido destruir el amor.

El problema se reducía a dos fórmulas:

La del médico: ¿qué importa que se case, si no la ama?

Y la del subteniente: ¿qué importa que no la ame, si se casa?

Durante dos días, Sándor trató de que venciera su tesis. El padre, acostumbrado a considerar desde lo alto a los hombres, sus pasiones y sus intereses, ante el problema de la moral sexual se encerraba en una ideología de portera, y cada argumento de Sándor se estrellaba contra su sentencia:

—¡Reparar con el matrimonio!
Entretanto, el afecto de Mauro por Mélitta se teñía de desprecio. Hasta su amor cristalino se enturbiaba al recordarlo, y hablando de él con los amigos, lo evocaba con vulgar irreverencia.

—¿Cómo has podido comprometerte con una señorita?—le preguntó alguien.

—¿Qué quieres?—contestó encogiéndose de hombros.—Porque en el país donde no se encuentran *cocottes*, he tenido que conformarme con una virgen.

*
* *

Don Cecilio Cacao de Capacaída escribió una larguísima carta para explicar cómo su honor y el de su noble estirpe le impedían emparentar con Donatella, cuya hermana estaba dada a la perversión, y cuyo hermano, viviendo entre los montes, se había expresado de una manera que un Capacaída no podía oír sin sentirse lastimado en su amor propio. Y concluía retirando su palabra de casamiento.

Las riquezas heredadas del tío hacían de él el hombre más rico de toda la región; como tal podía casarse con una decentísima señorita, cuyo nombre llamamos por una explicable delicadeza, adornada de incalculables virtudes y de calculables millones.

El día de la toma de dichos todas las personas conspicuas de la población fueron invitadas a casa de Cecilio: el director de *El Inconcuso* (semanario conservador), el médico cirujano de obstetricia, y algunos muchachos «bien», educados en el temor de Dios y en la veneración del último Borbón. Agotados los acostumbrados y manoseados temas (feminismo, espiritismo, teosofía, movimiento continuo y otros inocentes pasatiempos por el estilo, de lo que, según testimonio de los exploradores, se discute hoy hasta en el más infimo poblacho de provincia) don Cecilio, «que había viajado», dió

una conferencia sobre el Norte, y ahondando más, sobre una población determinada, en la que se habla medio francés, y en donde todas las mujeres—decía trazando en el espacio una línea recta con el pulgar y el índice, y el anillo de prometido—todas las mujeres se entregan a la primera petición. Por otra parte los hombres son tan necios que, en el tranvía basta decir «abonado», para no pagar billete; en el café puede uno levantarse sin pagar, y en toda familia donde hay una señorita sin marido se encuentra de comer y de dormir gratis, a cambio de una vaga esperanza de casarse con ella.

Pero cuando se poseen los nobles sentimientos de don Cecilio, no se puede vivir más de dos meses en una de las corrompidas familias de aquella licenciosa ciudad.

9

Donatella se dispuso a entrar en un convento, místico sanatorio para los incurables del amor. El subteniente Bernardo volvióse al regimiento, llamado por un telegrama del servicio a la cabecera de un caballo semental, moribundo de melancolía.

El doctor Sándor y su perra Páprika se volvieron también a los montes. Pero antes de separarse, Sándor e Iluska se abrazaron como si ya no fueran a verse más.